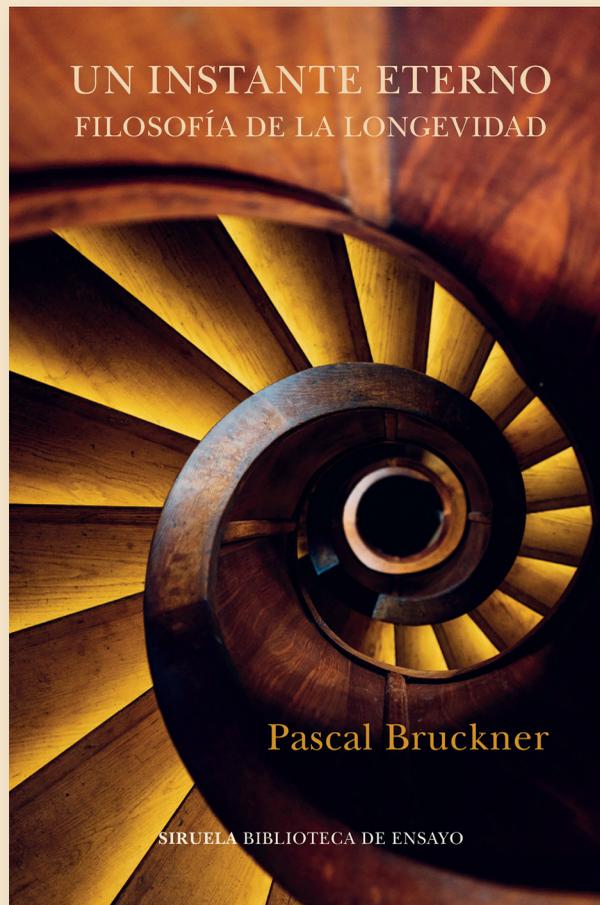


Dossier de prensa

Pascal Bruckner

UN INSTANTE ETERNO

FILOSOFÍA DE LA LONGEVIDAD



Un instante eterno es un brillante, bello y apasionante ensayo que nos invita a ver de forma diferente esa edad avanzada a la que todos llegamos (o llegaremos), al tiempo que derriba muchos prejuicios e ideas preconcebidas sobre la vejez y el paso del tiempo, escrito por uno de los intelectuales franceses más destacados de la actualidad, Pascal Bruckner.

Ediciones Siruela

El autor

PASCAL BRUCKNER

Filósofo y escritor tanto de ficción como de no ficción, Pascal Bruckner (París, 1948) es doctor en Letras por la Universidad Paris VII. Ha sido galardonado con los premios Médicis de Ensayo, Renaudot y Montaigne. Participa habitualmente del debate público en medios como *Le Point*, *Le Figaro* o *Le Débat*. El director Roman Polanski llevó a la gran pantalla su novela *Luna amarga*, con el título de *Lunas de hiel*. Entre sus ensayos, caben destacar *El nuevo desorden amoroso*, *Miseria de la prosperidad*, *La tentación de la inocencia* o *La tiranía de la penitencia*.



© F. Paga - Grasset

Considerado como una de las voces más interesantes y certeras del panorama intelectual francés, Bruckner es un reconocido crítico del multiculturalismo, apoya el derecho a la especificidad de las minorías étnicas, religiosas y culturales, defendiendo la asimilación respetuosa por la comunidad que los recibe.

En su ensayo *Un instante eterno*, que ahora llega a las librerías, el autor explora las numerosas cuestiones existenciales planteadas por la reciente prolongación de la vida humana, reflexionando sobre las ambigüedades y ambivalencias que devienen de dicha situación.

Un instante eterno

«No queremos ceder a la intimidación de los grandes números, exigimos el derecho de mover el cursor a voluntad».

Si hay algo evidente para todo ser humano es que la vida ha dejado de ser breve. De hecho, desde 1900, la esperanza de vida (al menos en los países ricos) ha aumentado hasta treinta años: la totalidad de la existencia de un hombre durante el siglo XVII. Saber desde joven que podemos vivir casi un siglo puede cambiar por completo nuestra concepción de las cosas: no hace falta tener prisa para completar los estudios universitarios, emprender una carrera profesional, casarse o formar una familia...

Un avance tan drástico ha transformado nuestra relación con el mundo, haciendo de la vida un largo y sinuoso camino donde lo que quizá más pesa sean las elecciones (o decisiones) que deban tomarse. «La edad es una convención a la que todos se adaptan de más o menos buena gana. Paraliza a los individuos en roles y posturas que el desarrollo de la ciencia y el alargamiento del tiempo hacen obsoletos. Hoy, muchas personas quieren liberarse de esta camisa de fuerza y aprovechar esta moratoria entre la madurez y la vejez para reinventar una nueva forma de vida». La introducción que hace Bruckner del tema no puede ser más precisa.

La longevidad se ha convertido más en una verdad estadística que en una garantía personal. Si hasta los treinta años el ser humano parece carecer de edad y ante él se abre toda una eternidad, cumplidos ya los cincuenta la brevedad de la vida se hace patente y es cuando realmente comienza. Es entonces cuando el ser humano experimenta una suspensión entre la madurez y la vejez, cuando surge una nueva categoría social, la de aquellos (usando el término latino) seniors que están en buena forma física y, a menudo, mejor dotados que el resto de la población. En esos momentos, la incertidumbre, a pesar de todos los avances médicos, se hace más pesada; el momento de hacer balance parece haber llegado y, aun así, se debe continuar.

En ese intervalo temporal, surgen vívidas las grandes cuestiones de la condición humana: ¿queremos vivir mucho más tiempo, reinventarnos, empezar de nuevo?, ¿qué debemos hacer con estos veinte o treinta años más que nos caen inadvertidamente encima?, ¿cómo evitar la fatiga del ser, la melancolía y, sobre todo, cómo superar los grandes dolores?, ¿cuál es la fuerza que nos mantiene a flote contra la amargura o el hartazgo?

«Después de los 50 años, la imprudencia ya no es necesaria, cada uno se ha convertido más o menos en lo que estaba destinado a ser y se siente libre ahora para perseverar en su ser o reinventarse a sí mismo. La madurez agrega en una sola persona universos disímiles que después de la madurez se agitan de nuevo, como un acelerador de partículas. Muchos han señalado que es una adolescencia sin precedentes y una pubertad tardía. En la era del declive, ya no se trata tanto de elegir la propia vida como de perpetuarla, influenciarla o enriquecerla».

La longevidad no es única ni tampoco una suma de años, sino que cambia profundamente nuestra relación con la existencia. Se inicia lo que podría llamarse el veranillo de la vida en el que no se es ni joven ni viejo, pero todavía existen muchos apetitos por cubrir. Nos hacemos conscientes de que el devenir diario se desarrolla al contrario que una novela policiaca: ya sabemos el final, conocemos al culpable y no queremos confundirlo. Puede ocurrir que ya no usemos el mismo idioma que los jóvenes, pero tampoco incurrimos en engaños que se antojan casi fundamentales: no es la vida lo que la ciencia y la tecnología han prolongado, es la vejez, porque el cuerpo no miente, sino que manda.

En un mundo en el que casi el 30 por ciento de la población supera los cincuenta años, envejecer no significa tener que resignarse. Avanzar en la edad significa, en principio, entrar en la fase de las respuestas finalmente adquiridas y también encontradas —se supone que uno debe saber y entender—. El hombre comienza a moverse entre el consentimiento de lo inevitable y el positivo acercamiento a lo posible. Ya lo decía Freud: el tiempo no pasa en el inconsciente, somos nosotros los que pasamos en él.

Si la edad es una convención social basada en una realidad biológica, siempre será posible cambiar dicha convención. Debemos resistir con toda la energía posible el empobrecimiento de la existencia y borrar de nuestro vocabulario la palabra renuncia, esa que intenta equiparar la edad con la gradual extinción de nuestros deseos. El dictado que nos habla de resignación debe ser en todo momento desafiado y la derrota jamás tiene que interiorizarse. Hasta el final.

«Envejecer significa retirarse gradualmente de la apariencia», solía decir Goethe. Es excelente que las personas mayores de 50 años no deseen hoy en día permanecer al margen, sino persistir en su apariencia, para hacer campaña contra la discriminación de la que son objeto, a pesar de que representan casi el 30 % de la población. Luchan de forma incansable por permanecer en la luz, para no caer en la categoría de los Invisibles

Renunciar a la renuncia

«Envejecer solo es tolerable si continuamos teniendo un cuerpo y una mente decentes».

El reconocido filósofo y escritor Pascal Bruckner ha escrito un ensayo único que, a medio camino entre el estudio autobiográfico más intelectual y el manifiesto, trata un solo (e indiscutible) tema: el largo periodo de vida que hoy disfruta el ser humano. Un ensayo enriquecedor que afronta la madurez y la longevidad desde todas las perspectivas posibles, un texto dedicado a todos aquellos que consideran cada año como una prolongación de esa primavera vital a la que no se debe renunciar.

A través de un estudio sensato y realista —y valiéndose de citas y análisis de grandes filósofos y escritores, como Platón, Heidegger, Victor Hugo, Sartre, Séneca, Kierkegaard, Marx, Goethe, Freud o Montaigne—, el autor francés habla de esa especie de aplazamiento o suspensión que, a partir de los cincuenta, deja la vida abierta como si de una puerta giratoria se tratase. El cambio en las relaciones generacionales, afectivas o familiares, el acortamiento de los plazos y la reducción de las posibilidades, en general, no deben ser contrapeso a nuevos descubrimientos, sorpresas y alegrías. La filosofía de la longevidad que Bruckner nos propone se basa, por tanto, en la resolución y no en la gris resignación.

«Nietzsche diría de Beethoven que es “el producto de un alma vieja moribunda que nunca deja de morir y de un alma por venir, muy joven, que nunca deja de nacer; su música está bañada en el claroscuro de un luto eterno y una esperanza eterna que extiende sus alas”. El canto del cisne es simultáneamente una apertura y la conclusión un prefacio».

El fin obligatorio del trabajo, el desapego, la tranquilidad y la carencia de estrés parecen ser factores que conducen hasta un nuevo sentimiento de felicidad, pero ¿pueden esa falta de actividad y de tensión conducir a una plena satisfacción? El ocio absoluto podría convertirse en una maldición que nos aleje del mundo real y de cualquier influencia sobre el mismo. Es el momento para empezar de nuevo y no caer en la autocomplacencia. Bruckner analiza brillantemente los aspectos que se hacen más importantes durante la madurez, aquellos que permiten distinguir cantidad de intensidad —vivir mucho de vivir intensamente— rutina y resignación de capacidad para la reconstrucción (sentimental, laboral, personal).

Con un estilo claro y preciso, cercano a todo tipo de lectores (con independencia de la edad), el autor va tocando puntos clave: la religión y su ligazón tanto con las debilidades humanas como con la idea de destino; el papel de la ciencia y sus planteamientos para retrasar la muerte; la dinámica del deseo... En torno a este último punto, Bruckner apela de manera elocuente a ese relámpago de las pasiones que aún permanece vivo, pues la edad espiritual y sentimental no coincide con la biológica. Si hay una forma de retrasar el envejecimiento, esa es la de permanecer en la dinámica del deseo.

«Si bien el tiempo es una reprimenda, también puede convertirse en una recompensa cuando nos ofrece la absurda pero necesaria ilusión de reiniciar una nueva existencia cada mañana. Es tanto la cuenta atrás para el final como el permiso divino para repetirla incansablemente. La repetición es una fuerza ambivalente, esterilizadora y fecundante; se seca tanto como se transforma».

¿Qué queda por hacer cuando crees que lo has visto todo, que lo has vivido todo? Está claro: empezar de nuevo. En una vida real, alejada de heroísmos y de finas extravagancias, la cotidianidad compartida es la que tiene más peso. La rutina se podría convertir en tabla de salvación, queremos experimentar las emociones ya sentidas, el placer tanto de explorar como de reconocer, de redescubrir más que de ser sorprendidos. La carne puede estar triste, pero la vida continúa y todavía quedan muchos libros por leer, virtudes creativas por explotar o aspiraciones por cubrir. Nadie se volverá más joven, pero aún es posible enriquecer nuestra conciencia, mantener el espíritu de exploración y observación a pesar de los años.

«Envejecer no se trata solo de jugar a las niñeras o de compartir recuerdos melancólicos; se trata de pasar por luchas comunes, de fijar metas, de luchar por proyectos. Ser abuelos ya no es una identidad, sino solo un emocionante paso extra».

Fantasma del tiempo

«Incluso un hombre centenario hace planes y dice “mañana”».

Si antes *madurar* era sinónimo de morir pronto, actualmente ya no es así. En nuestro siglo, aún es posible empezar de nuevo... con todo lo que ello supone. La presencia de un cuerpo activo y con los deseos todavía intactos hace que el abanico de dilemas se abra a muchas posibilidades. Todavía queda tiempo para ser razonable y para vivir con intensidad, la cuestión está en envejecer bien. O quizá aprender a hacerlo.

En ese aprendizaje, la persona no puede evitar dialogar con sus yos fantasmales: el niño que fue, el joven que dejó de ser, el adulto que es y el viejo que será... Revivir o conjurar esas vidas son parte de su evolución, de su madurez. Bruckner lo sabe por propia experiencia y explora toda cuestión existencial que plantea la nueva longevidad humana. Pero no se limita a mostrar los pros y contras del tema, sino que profundiza en las ambigüedades y problemas que acarrea.

Bruckner trata la cuestión del amor tardío con la sobriedad y dureza que implica vivir en un mundo que se burla de los desajustes generacionales, del deslucido encanto que aún lucha por resultar atractivo (tanto en hombres como en mujeres: viejos verdes y viejas brujas). ¿Cuál es el tabú que hay que superar cuando se tienen más de cincuenta años? No la indecencia, sino el ridículo. Da la impresión de que el sexo se ha convertido en una incongruencia... Sin embargo, los desórdenes de la pasión siguen ahí, aferrados, firmes: «Amamos a los sesenta como a los veinte, no cambiamos, son los demás los que nos miran de forma diferente». El deseo no desaparece milagrosamente después de los sesenta años.

«Si la mayoría de las parejas de larga duración perduran y experimentan, a costa de muchas crisis, un ininterrumpido compañerismo-natación, el nuevo matrimonio de las viudas o viudos se hace bajo el signo de un valor que es la gran conquista de la edad: la indulgencia. Es una convivencia, templada o apasionada, marcada por la tolerancia a las imperfecciones del otro. Las expectativas físicas son menores porque las expectativas espirituales son mayores. Uno privilegia la complicidad y la ternura por encima de la vanidad».

A partir de los cincuenta los funerales se suceden, pero igual que las bodas y los bautizos. Sí, debemos acostumbrarnos a vivir tanto con nuestros vivos como con nuestros muertos. Y convocar a estos últimos cuando el momento lo requiera. El tema del

éxito en la madurez también lo trata el autor desde la perspectiva de la reconciliación con uno mismo: llegar a ese momento en el que se aleja de toda obligación exterior para ser dueño de su destino y actuar por sí mismo. Madurar con elegancia y hacer uso de la experiencia adquirida (al tiempo que se transmite a nuevas generaciones) hace hermosos ancianos. Son los aristócratas del tiempo.

La enfermedad es otro de los muchos miedos que puede transformar el momento en algo extraordinario: la salida del hospital o del encierro obligado (la desaparición de la dolencia) hace que la rutina diaria, habitual para todos, se convierta en precioso ideal. La enfermedad nos hace apreciar a un tiempo nuestra prudencia, resistencia y fragilidad. El tiempo puede debilitar el cuerpo, pero son muchos los otros valores que perviven. Se hace necesario admitir el arrepentimiento y la pérdida como factores consustanciales a la felicidad del ser... «La melancolía de lo que pasa no es nada comparada con la infelicidad de lo que nunca pasaría y nos estorba con su presencia perpetua».

«Una vida solo vale la pena vivirla si abarca dominios más amplios y cruza esos absolutos relativos del amor, la verdad y la justicia. La gloria está reservada solo para unos pocos héroes, la santidad para unos pocos justos; por otro lado, la existencia más humilde encuentra ineludiblemente la belleza, la fraternidad y la bondad. La esencia del hombre es satisfacer sus ambiciones; pero también vivir por encima de sí mismo, participar en aventuras más amplias, experimentar al menos una vez la sensación de infinito. Cada uno de nosotros es a la vez un punto y un puente, una totalidad cerrada y un lugar de paso».

Un instante eterno es un brillante, bello, apasionante y crudo ensayo que nos invita a ver de forma diferente esa edad avanzada a la que todos llegamos (o llegaremos), al tiempo que derriba muchos prejuicios e ideas preconcebidas sobre la vejez y el paso del tiempo. Siempre en pos de una vida plena. «La única palabra que debemos decir cada mañana, en reconocimiento del regalo que se nos ha dado, es: Gracias».

Han dicho de su trabajo

«Un libro imprescindible para hacer de la última etapa de nuestras vidas la más feliz y fundamental».

ANTONIO BASANTA

«*Un instante eterno* no es un libro de autoayuda, pero sí que ayuda muchísimo. Es un libro de pensamiento de un reconocido intelectual que nos enfrenta a una realidad: la madurez y la vejez duran cada vez más años».

IÑAKI GABILONDO

«Es el momento de pensar en la vejez en una sociedad donde la vida humana se prolonga cada vez más, aunque los mayores tengan menos espacio social. ¿Qué significa ser anciano? ¿Qué sucede en los sistemas sociales cada vez más envejecidos? Ahí pone el foco Bruckner con su nuevo trabajo: *Un instante eterno*. Filosofía de la longevidad. Bruckner no es un hombre a la contra, sino una bengala de alerta».

ANTONIO LUCAS, *El Mundo*

«Mientras los miembros de su generación se jubilan y se instalan en la tercera edad, Bruckner, con 72 años, no tiene ninguna gana de dejar de escribir y polemizar.»

MARC BASSETS, *El País*

«Es un libro fantástico, con reflexiones trascendentes y útiles».

FERNANDO ÓNEGA

«El excelente ensayo de Pascal Bruckner no se conforma con explorar las preguntas existenciales que conlleva la reciente extensión de los años de vida, sino que se fija también en sus trampas y ambivalencias».

Le Monde

«El conocido filósofo francés Pascal Bruckner ofrece una reflexión estimulante y aliviadora sobre el largo tiempo de la vida».

Le Devoir

«El ensayista francés Pascal Bruckner publica una elegante y personal reflexión filosófica sobre el arte de aceptar la vejez».

L'Express

Si necesitas más información, puedes contactar con:

Elena Palacios

epalacios@siruella.com

Tel.: 91 355 57 20